

la garganta, y un desconocido muerto en medio del incendio de una casa!

—Pero Rivera y Salmeron ¿salvaron?—dijo Leonel cediendo á un impulso de buen corazón.

—¡No! estaban muertos también.

—¡Qué horror!—exclamó el Padre.

—¿Y nada se sabe de los autores del crimen?

—Muy poco; parece que el hombre muerto entre las llamas de la casa, fué el que enterró á Don Alonso y á Salmeron, porque cerca de él habia algunos instrumentos de labranza llenos de lodo, y con yerbas de la misma clase que la que crece en el lugar en que fueron enterrados los infelices; además, él tenia el traje y las manos llenas de lodo, no estaba herido, y quizá el incendio de la casa en que estaba, seria providencial para castigar su crimen.

—¡Pero esto es espantoso!

—¡Horrible! ¿y quién seria ese hombre?

—Uno de los alguaciles dijo conocerle, y que es un famoso ladrón, llamádose Guzman.

—¿Y Doña Esperanza sabrá esto?—dijo Don Leonel.

—Es probable, porque en este momento no se habla de otra cosa en toda la ciudad; todo el mundo está aterrado.

—¿Y Catalina?—dijo Don Nuño.

—Es preciso impedir que le den la noticia, así, de repente; seria bueno ir la preparando—contestó el Padre Alfonso.

—¡Pobrecita! ¡cuán desgraciada es! yo me encargo de eso.

—Yo quisiera ver á Doña Esperanza—dijo Don Leonel.

—No lo creo prudente—contestó el Padre Alfonso;—iré yo, y le hablaré y procuraré calmar su dolor.

—Dices bien; pero vete pronto: en este momento está sola en el mundo.

—Voy, si lo creéis prudente, padre mio.

—Por supuesto—contestó Don Nuño;—anda, hijo mio, anda, y voy á consolar á mi hija.

El Padre y Don Nuño salieron, y Don Leonel quedó solo en su cuarto, acabando de leer las Memorias de Doña Juana Carbajal.

Cuando el Padre Alfonso llegaba cerca de la casa de Doña Esperanza, venia á lo lejos una gran multitud.

El Padre comprendió que traian allí los cadáveres, y se apresuró á entrar á la casa para impedir á Esperanza que atraida por la novedad, saliese á la ventana y mirase aquel espectáculo.

Un lacayo le detuvo en la puerta de la sala.

—¿Qué mandaba su merced, Padre?—preguntó.

—Deseo hablar con la señora.

—No quiere recibir, Padre.

—Es preciso que le avises siempre.

El respeto al clero era en aquellos tiempos tan grande, que el hombre no vaciló en quebrantar su consigna.

—¿Y qué quiere su merced que le diga?

—Díla que la busca su primo el Padre Alfonso.

—Voy corriendo; pase mientras su merced.

Comenzaba á sentirse ya el rumor de la gente que se iba acercando.

El Padre temblaba, porque creia que el lacayo no llegaba á tiempo.

Pero de repente la puerta se abrió, y Doña Esperanza, pálida y vestida de negro, entró y se arrojó llorando en los brazos de su primo.

—Sabe ya todo—pensó el Padre: y luego en voz alta,

dijo á Esperanza:—prima mia, habeis sido mi hermana; vengo á acompañaros en vuestra desgracia, y á procurar calmar vuestra pena, si es posible.

—Primo mio, mi mal es tan grande, mi desgracia tanta, que creo que no hay para mí consuelo sobre la tierra.

—¡Oh! leo en vuestro corazón, porque conozco vuestra alma.

—Si me comprendéis, compadecedme.

—¿Le amábais mucho?—preguntó el Padre, creyendo que Esperanza sabía la muerte de Don Alonso.

—Mas que á mi misma vida—contestó la jóven, pensando que el Padre aludía á Don Leonel.

—Pero Dios ha querido que no fuérais feliz; conformaos con su divina voluntad.

Esperanza se puso á llorar; la presencia del Padre Alfonso habia abierto de nuevo su herida.

—Conformaos, conformaos; y ya que sois cristiana, rogad por el que esperamos en Dios que le tendrá en su gloria.

—¡Cómo!—exclamó Doña Esperanza levantándose como loca—¡cómo! ¿es decir que ha muerto?

—¿No lo sabíais?—preguntó espantado el Padre Alfonso.

—¡Pero no! no! ¡decidme por Dios! ¿cuándo ha sido esto?

—Perdonadme, Doña Esperanza, si así os he dado la funesta noticia; pero creí que ya sabíais el suceso y que..... no le amábais tanto.

Doña Esperanza lloraba sin consuelo: en la calle se escuchaba el rumor de la inmensa multitud que acompañaba los cadáveres.

—¿Qué es eso?—preguntó Doña Esperanza, levantándose y dirigiéndose á la ventana.

—¡Oh! no salgais, señora! no os asusteis, por Dios! ese espectáculo os causaria la muerte.

El Padre Alfonso detenía á Esperanza, que pugnaba por acercarse á la ventana.

—¿Pero qué es? decidme siquiera.

—Señora, no os alarmeis, porque debe ser su cadáver.

—¡Su cadáver! ¡gran Dios! ¡su cadáver!—y la jóven quiso avanzar, dió un paso y cayó desvanecida en los brazos del Padre Salazar.

Cuando volvió en sí, el fúnebre cortejo habia pasado y se alejaba.

—¡Leonel! ¡Leonel!—exclamó Esperanza.

El Padre Salazar creyó que deliraba, y no contestó.

—Decidme—le preguntó de repente la jóven—¿no me engañais? ¿es verdad que Leonel ha muerto?

—Está como loca—pensó el Padre.

—¡Respondedme en nombre del cielo, señor! ¿Don Leonel ha muerto?

—Señora—dijo el Padre—no os he dicho yo eso.

—¿No me lo habeis dicho? entonces estoy loca: ¿entonces quién ha muerto?

—Señora—contestó el Padre, comprendiendo que habia allí alguna equivocacion—el que ha muerto es vuestro esposo, Don Alonso de Rivera.

El rostro de Doña Esperanza se trasfiguró; la negra nube que oscurecia su semblante, se disipó repentinamente, y sin pensar en que estaba delante de una persona extraña y que el muerto era su mismo marido, cayó de rodillas, y levantando sus ojos y sus manos al cielo, exclamó con un acento profundamente conmovido:

—¡Gracias, Dios mio! ¡gracias!

El Padre la contemplaba absorto, y no se atrevía á interrumpir aquella oracion mental.

Por fin, Doña Esperanza se levantó grave, pero serena; tomando una de las manos de Don Alfonso, le dijo:

—Por Dios, señor; vos habeis sorprendido los secretos de mi corazon, y os ruego que no los descubrais á nadie: yo soy libre ante el mundo ya, como lo era ante Dios, porque ese matrimonio lo habia yo contraido obligada por la fuerza; pero Leonel no debe saber nada de esto, porque no es libre, porque ama á otra, y porque tal vez muy pronto se encuentre enlazado con esa Doña Catalina.

—Os engañais, señora, porque mi hermano no puede amar á esa dama, y ese matrimonio es imposible.

—¿Imposible decís? si yo sé que se aman, si los dos son libres.

—A pesar de todo eso, es imposible.

—¿Pero por qué? decidme.

—Porque Doña Catalina de Armijo, la viuda de Don Pedro de Mejía, es hermana mia y de Leonel; es hija de nuestro mismo padre.

—¿Hermana vuestra?—exclamó la jóven, enderezándose como impulsada por un resorte—¿hermana vuestra?

—Sí, señora; hija de nuestro mismo padre.

—¿Y Leonel lo sabe? ¿lo sabe?

—Sí, señora, lo sabe, porque nuestro mismo padre se lo dijo, y porque se ha confirmado en ello al leer las Memorias de mi tía y vuestra madre, Doña Juana de Carbajal.

—¿Es decir que ya no la ama, que no puede amarla?

—La ama como se ama á una hermana desgraciada, á

una hermana que pronto irá á encerrarse para siempre en un claustro.

—¿Y se acuerda de mí Don Leonel? ¿y os ha hablado de mí?

—Sí, señora, aunque con tristeza, porque le hicieron creer que vos habíais huido del lado de Martin para poder uniros con el que fué vuestro esposo.

—¡Infames! ¿Y quién puede haber dicho semejante calumnia? ¡Oh! ¿y él lo ha creído? ¿y vos no le dijisteis que era eso una maldad, que yo no podia hacer semejante cosa?

—Perdonadme, señora; pero vos comprendereis que yo nada sabia.

—¿Pero él me ama? ¿me ama á mí? decidme la verdad.

—Creo que mas que antes.

—¡Ay, Dios mio! ¡qué feliz soy! libres los dos, me ama! me ama! ¡ah! es preciso que yo le vea, que le hable, que le explique: acompañadme, señor; vamos á verle ahora mismo, inmediatamente.

—No, señora; permitidme que os advierta que en estos momentos, cuando vuestro esposo acaba de morir, cuando la pobre Catalina está sumida en el mas profundo dolor, no debeis ir á la casa de mi hermano; seria causar un escándalo, seria mal visto.....

—Teneis razon; pero yo necesito verle, hablarle, y no me es posible contenerme; temo que algun nuevo incidente, que algun acontecimiento funesto, turbe ese porvenir que ya miro tan bello y tan claro.

—No temais, señora; Dios os ha protegido y os hará feliz, os lo aseguro: además, yo voy por mi hermano, y volveré dentro de poco tiempo.

—¿Qué bueno sois, hermano mio! permitidme que os dé ese nombre.

—Si, llamadme hermano, porque os amo como á una hermana.

—Pero id, id, no os detengais, os lo suplico.

—Voy en el instante.

—Y volved pronto y con él.

—Volveremos.

—¡Dios os bendiga, hermano mio! ¡Dios os bendiga, porque me habeis traído la dicha y la felicidad!

XXXIX.

Continúase tratando de la misma materia que en el anterior.

EL Padre Salazar tomó su sombrero, y salió de la casa de Doña Esperanza verdaderamente satisfecho; entreveía ya la felicidad para su hermano y para aquella jóven á quien amaba como si hubiera formado siempre parte de su misma familia.

Llegó así hasta su casa, y se dirigia al cuarto de Don Leonel, cuando de la puerta de una de las habitaciones que habia en el corredor, oyó que le llamaban.

Era Catalina.

El Padre Alfonso entró, y Catalina cerró la puerta.

La jóven estaba ya serena, y en su rostro se notaba la conformidad de la mujer cristiana despues de una de esas tempestades de la vida que hacen cambiar completamente al corazon.

—Entra, hermano mio, entra, y hablaremos un poco; necesito oírte, porque veo en tí al sacerdote y al hermano, y tus palabras serán las de la religion y las del cariño.

—Hermana mia—contestó el Padre Alfonso—Dios te dará resignacion, y tu corazón encontrará esa calma y esa felicidad que en vano la buscarías en el mundo, en las aguas purísimas de la religion.

—¡El mundo no tiene para mí atractivos! ¡mi madre ha muerto!.....

—¿Lo sabes ya?.....

—Sí lo sé, y mi alma há sentido un dolor inmenso, porque puedo sentir ya mas de lo que he sentido: ¡pobre madre mia! yo la perdono; ¡ojalá que así la perdone Dios!

—Catalina, ¿has visto á mi padre y á Leonel?

—A mi padre le he visto; él me dió la noticia de la muerte de mi madre: en cuanto á Leonel, pienso no verle hasta el momento mismo de mi partida.

—¿Qué partida?

—Sí, hermano, he determinado marchar á España, y tomar allí el velo en alguno de los conventos de arrepen- tidas.

—Creo que harás bien. ¿Y quién te acompañará?

—Tú—contestó á la espalda del Padre Alfonso la voz de Don Nuño.

—Será así, si vos lo ordenais—dijo el Padre.

—Es necesario, y además, esto debe ser muy pronto, porque las urcas están en Veracruz aparejadas ya para darse á la vela.

—Estoy dispuesto. ¿Y cuándo saldremos, señor?

—Esta misma noche: uno de mis amigos me ha dicho que el visitador Don Martin de Carrillo tiene datos para creer, ó mejor dicho, para estar seguro de que eres tú el gefe de las conspiraciones que traman aquí los criollos para alzarse con el reino; que hace algunos meses habeis suspendido vuestros trabajos, merced á la actividad con que él os per-

siguió; pero que cuando él se retire, que quizá será muy pronto, no quiere dejar la chispa oculta, exponiendo al reino á nuevos trastornos: él ordena que te envíe yo á la corte, ó que de lo contrario, tendrá que llevarte preso á su salida de la Nueva España.

—Vámonos, hermano mio, vámonos—dijo Catalina;—quizá allá encontremos paz y tranquilidad para nuestros corazones.

—Partiremos esta noche—dijo el Padre Alfonso:—y ahora, padre mio, deseo hablaros á solas.

—¿Me retiro?—preguntó humildemente Catalina.

—No, hija mia—contestó Don Nuño acariciándola;—nosotros pasaremos á otra estancia.

Y Don Nuño y su hijo pasaron á otra de sus cámaras.

—¿Qué deseas?—preguntó el anciano.

—Solo deciros que Catalina y yo partimos esta noche; Leonel mi hermano queda á vuestro lado: dad vuestro permiso, señor, para su enlace con su prima Doña Esperanza de Carbajal.

—No tengo ya inconveniente; pero apenas hace unas cuantas horas que ha muerto Don Alonso de Rivera; ¿qué dirá el mundo?

—Señor, por medio de la fuerza hicieron casar á mi prima con Don Alonso, no porque él la amase, sino porque querian apoderarse de sus grandes riquezas, segun comprendo; mañana lo sabrá todo México, y nadie murmurará de una boda que debia ya haberse olvidado, á no haber sido por los crímenes de Rivera.

—Por mi parte no hay inconveniente; ¿qué dice tu hermano?

—Voy á verle y os diré lo que resuelva, esta misma tarde.

—Anda, hijo mio, y no olvides que esta noche partirás.

—No, señor; siempre estoy dispuesto á obsequiar vuestra voluntad.

Don Nuño le tendió la mano y el Padre Alfonso la besó y salió.

Don Leonel se paseaba agitado en su aposento; al ver entrar á su hermano, se arrojó á su encuentro.

—¿Qué hay?—le preguntó.

—Doña Esperanza desea hablarte.

—¿Pero cuándo, adónde?

—Ahora mismo en su casa.

—Dios mismo, ¡qué feliz soy!—dijo Leonel precipitándose á tomar su sombrero y su espada.—Vamos, vamos.—De repente se detuvo y exclamó:—¡imposible!

—¿Imposible? ¿por qué? ¿estás loco?

—Loco, no; pero ella amaba á otro hombre, huyó de su casa y se enlazó con él: ¿cómo voy á buscarla?

—Vamos, que ella te explicará todo; ella te ama, y si hay álguien que necesite de perdon, eres tú, tú que te atreves á pensar mal de un ángel como ella.

—Vamos, dijo Don Leonel.

Y los dos hermanos se dirigieron á la casa de Doña Esperanza de Carbajal.

Apenas llamaron á la puerta de la sala, cuando esta se abrió y se presentó Doña Esperanza.

El semblante de la jóven estaba encendido como las amapolas del lago, sus ojos brillaban por el placer, tenia la boca entreabierta por una sonrisa de felicidad, dejando ver entre sus rojos labios sus dientes blanquísimos y sus encías nacaradas y frescas.

Vestia un traje negro, sin mas adornos que una gran hilera de botones que bajaban por delante desde el cuello has-

ta la orla; su cintura delgada y flexible estaba ceñida por un cinturón negro tambien, y sus negros y rizados cabellos formaban el fondo en que se destacaba un rostro tan bello como el de un arcángel.

Esperanza avanzó majestuosamente; su elevado talle parecia mecerse agitado por la emoción; tomó con sus manos las dos de Don Leonel, que la miraba extasiado, y las oprimió con delirio, sin pronunciar una palabra.

Aquella demostracion tan sencilla era la expresion mas elocuente de aquel amor infinito.

—Esperanza—dijo Leonel—¡cuánto te adoro!

El Padre Alfonso conoció que no debia esperar la respuesta, y se salió sin que lo sintieran los dos enamorados.

—Leonel—dijo Esperanza—¡cuánto me has hecho sufrir en la vida, cuánto! tú has herido mi corazón vírgen, tú jugaste con mi amor, tú no comprendiste lo que yo te queria: ¡ah, Leonel! tú me has ofendido mucho.

—Alma de mi alma, tienes razon; yo te he ofendido, yo herí tu corazón; pero te amo, ángel mio, como no se ama mas que una sola vez en la vida; mi corazón es solo para tí: si la sombra de un capricho pasó sobre la pureza y sobre la constancia de mi amor, el fuego que me devora, aliento de mi vida, basta por sí solo para purificarme ante tus ojos: sí, Esperanza, tú lees en mi corazón, tú sabes que te amo; tú lo adivinarias si no te lo dijera, porque el amor se siente como se siente la tempestad que se tiende sobre nuestro cielo: tú comprendes mi pasión, tú sabes que desde niños nos amamos; tú sabes que yo pensé en tí y no mas en tí para mi esposa: una barrera inmensa se habia levantado entre nosotros con tu matrimonio, Dios la ha hecho desaparecer, y ahora que eres libre, vuelvo á tus plantas á pedir tu perdon y tu amor.

—¡Ah! Leonel, ¡cuánto me hiciste padecer! por tí y nada mas por tí he aceptado la union que me propusieron, porque te ví á los piés de otra mujer; si no, hubiera preferido morir: ¿tú sabes lo que yo sentiria al ver que ibas á unirme á otra?

—¿Y no crees, ángel mio, por lo mismo que conoces ese intenso dolor, que estoy mas que castigado con haberte visto esposa de otro hombre? ¡Oh, Esperanza! dolor por dolor, si el tuyo ha sido grande, el mio ha sido infinito, porque yo me sentia culpable.

—Leonel, te perdono; ¿me perdonas tú á mí?

—¿Yo á tí, amor mio? ¿y de qué? ¿de qué? Tú eres el ángel que me guia á la felicidad; si no quise seguirte, si te abandoné, ¿quién es culpable?

—¿Me amas aún?

—Mas que nunca, mi bien, mas que nunca.

—Y yo te adoro.

—Pronto serás mia.

—Será el dia de felicidad suprema para mí; me parece imposible.

—Ya llegará—contestó Don Leonel besando con pasion una de las manos de Doña Esperanza que tenia entre las suyas.

La encantadora viuda ruborizada, retiró su mano, exclamando:

—¡Leonel!

En este momento llamaron á la puerta, y hasta entonces no se apercibieron los amantes de que el Padre Alfonso habia desaparecido.

La puerta se abrió, y un alcalde del crimen seguido de varias personas, entre las cuales se encontraba el Padre Alfonso, se presentó.

—Señora—dijo el alcalde—vengo á tomaros una declaracion: excusadme, señora; pero es una cosa precisa, es un negocio de suma gravedad.

—Estoy muy dispuesta á contestaros; podeis comenzar.

—¿Deseais que se retiren las personas que están presentes?

—No, señor; cualquiera cosa que tenga que decir, será pública, y no necesito del secreto.

—En tal caso, señora, comenzaremos.

El escribano sacó un enorme tintero de cuerno, unas grandes plumas y unos rollos de papel, se sentó junto á una mesa y se preparó á escribir.

—¿Teneis la bondad de poneros de pié y hacer la señal de la cruz?

Doña Esperanza obedeció.

—¿Jurais por Dios y por su santa Madre, y por la fe cristiana que profesamos, decir verdad en cuanto supiereis y fuéreis preguntada?

—Sí juro—dijo Esperanza, llevando á sus labios su mano derecha, con cuyos dedos tenia hecha la señal de la cruz.

—Que sea á cargo de vuestra salvacion y conciencia—agregó el escribano.

Y comenzó el interrogatorio.

El juez preguntaba de manera que apenas podia contestar la dama mas que sí ó no; pero hizo por último una de las preguntas que decia:

—Preguntada cuanto mas supiere de todo esto.

Entonces Esperanza dijo al alcalde:

—¿Permitireis, señor alcalde, que diga todo cuanto sepa?

—Sin duda, señora; que eso es lo que desea la justicia.

Doña Esperanza refirió entonces todo cuanto le habia pasado con Don Alonso y con Doña Catalina, y todas las

crueldades de que habia sido víctima, hasta que la obligaron á dar la mano de esposa á Don Alonso.

Todos los presentes escucharon aterrorizados esta relacion hasta su fin.

—Verdaderamente, señora—dijo el alcalde—habeis sido víctima de horrosos atentados; solo que ya la justicia humana nada puede hacer, porque el cielo ha castigado á vuestros verdugos. Doña Catalina, Don Alonso y Guzman no existen, y no es posible encontrar al hechor de todo esto; lo mas seguro parece ser que ese Guzman los llevó allí con engaño, y los mató de una manera bien cruel, y que despues, por una desgracia ó por disposicion de Dios, que no permite nunca que los delitos queden impunes, la casa en que estaba Guzman se incendió, y él pereció entre las llamas: de todos modos, libre estais ya de vuestros perseguidores, y Dios recompensará vuestros sufrimientos.

—Así lo espero—dijo Doña Esperanza.

—Señora, me retiro; perdonadme la molestia y os deseo mil felicidades.

La jóven hizo una reverencia, y el alcalde con su acompañamiento salieron, dejando solos á Don Leonel, Doña Esperanza y al Padre Salazar.

—Y ahora ¿qué pensais hacer?—preguntó Leonel á la jóven.

—Aconsejadme—contestó ella dirigiéndose al Padre Alfonso.

—Si seguís mis consejos, oid: en primer lugar, debeis trasladros á la casa de vuestro padre Don Pedro de Mejía.

—Me entristece esa casa.

—No importa; ya vereis cómo se alegra muy pronto.

—¿Y luego?

—No vistais luto por Don Alonso; todos sabrán lo que hicieron con vos y no lo extrañarán.

—Bien; ¿y luego?

—Luego, ¿para qué quereis que os lo diga? casaos con Leonel si los dos estais conformes en ello.

Doña Esperanza miró á Leonel, éste la miró tambien, vacilaron un momento, y luego se arrojaron llorando el uno en los brazos del otro.

—Dios os bendiga—dijo el padre Alfonso algo conmovido.

—Hermano mio—dijo Esperanza tomándole de una mano—vos bendecireis nuestra union.

—No es posible, hermana mia; esta misma noche parto para Veracruz; voy á embarcarme, Leonel lo sabe.

—Parte—dijo Don Leonel;—va á llevar á nuestra hermana Doña Catalina, que quiere tomar el velo en uno de los conventos de España.

Doña Espeñanza no contestó, y todos tres guardaron silencio.

La sombra del pasado cruzó en medio de aquella escena de felicidad.



El Padre Alfonso se levantó conmovido, y el anciano se limpió una lágrima que habia procurado ocultar á su hijo.

—Catalina—dijo el Padre Alfonso—llegó el momento.

Doña Catalina apareció entonces vestida de negro y sumamente pálida.

El Padre y su hermana se pusieron de rodillas delante del anciano, que procurando aparecer sereno, echó su bendicion sobre aquellas dos cabezas inclinadas.

Aquella bendicion caia como el rocío de consuelo, en dos almas tan diferentes y agitadas por pasiones tan diversas.

Eran dos seres desgraciados.

El hombre fuerte, inteligente, vigoroso; el sacerdote de la virtud, que no habia tenido en el mundo mas anhelo que el de la ciencia, ni mas ambicion que la libertad de su patria, y que marchaba á tierra extraña con el corazon despedazado, porque dejaba á México cautivo y sin esperanza.

La jóven hermosa, que habia apurado la copa del placer y de la disolucion, y que no habia tenido mas amor en su vida que el de Leonel, huia del hogar doméstico, á buscar en la soledad del claustro un asilo para llorar sus desventuras y un amparo contra las tormentas de la vida.

La una iba impulsada por el arrepentimiento de lo que habia hecho en el mundo, huyendo de él.

El otro, devorado por el despecho de lo que no habia podido hacer, huia tambien.

—Hijos míos—exclamó el anciano;—yo os bendigo, y la bendicion de un padre que ama á sus hijos, es la bendicion de Dios: no olvideis mis consejos, y rogad á Dios por vuestro padre.

Los jóvenes se levantaron y se arrojaron llorando en el seno de Don Nuño, que los recibió en sus brazos.

El Padre Alfonso tuvo mas presencia de ánimo; se ar-

## XL.

## El fin de la historia.

La noche habia cerrado, y en el patio de la casa de Don Nuño de Salazar se veia uno de esos coches de camino que hacian el entonces largo y peligroso viaje de la capital de la colonia al puerto de Veracruz.

Pero aquel viaje se preparaba sin ruido, sin movimiento, sin escándalo.

Los cocheros esperaban el momento de la partida, y el coche estaba cargado con baúles y cajas.

En un aposento de la casa, Don Nuño daba sus últimos consejos al Padre Alfonso.

—Hijo mio—le decia—vas á la tierra de tus antepasados; allí la nobleza, la inteligencia y el dinero te abren camino para los altos puestos; allí, hijo mio, nadie se acordará de que eres americano, sino para alabarte; llevas fondos para cubrir el dote y los gastos que necesita tu hermana para profesar. Dios los bendecirá como los bendice su padre. Llama á Catalina.

rancó de los brazos del anciano, y tomando de la mano á Doña Catalina, salió llorando del aposento.

El viejo permaneció inmóvil mirándolos, hasta que la puerta volvió á cerrarse; entonces, con una voz que salía del fondo de su corazón, exclamó, volviendo á bendecir el lugar por donde él suponía que aun estaban:

—¡Hijos míos! ¡hijos míos! ¡Dios os bendiga!—y se dejó caer sobre un sitial.

Doña Catalina, siguiendo á su hermano, salió del aposento de su padre; sin alzar siquiera el rostro atravesaban ya el corredor, cuando oyeron una voz que decía:

—Alfonso, Catalina!

La jóven, como herida por una corriente eléctrica, volvió el rostro, y vió á Don Leonel; y ella y Don Alfonso se arrojaron en los brazos del jóven, sin hablar.

—¡Adios!—dijo el Padre desprendiéndose.

—¡Adios, hermano mio!—contestó Don Leonel conmovido.

—Leonel—exclamó Catalina—¡adios para siempre! para siempre!

—¡Adios para siempre, hermana de mi corazón!

Catalina siguió al Padre; pero al llegar á la escalera, volvió el rostro y miró á Don Leonel que los contemplaba con las lágrimas en los ojos; no pudo contenerse, lanzó un grito y volvió corriendo á precipitarse entre sus brazos.

—Vámonos!—dijo el Padre tomándola de una mano;—¿para qué quieres herir mas tu corazón?

—¡Para siempre!—dijo Catalina.

—Para siempre!—contestó Don Leonel;—y se separaron.

Poco antes de retirarse, la jóven hizo otro esfuerzo, y tomando una de las manos de Don Leonel, imprimió en ella un beso, en que parecia querer dejar el alma.

El jóven retiró su mano y se precipitó en su aposento.

Pocos momentos despues se escuchó el ruido del coche que comenzaba á caminar y salió de la casa de Don Nuño.

Don Leonel se tapó los oídos, porque en medio de aquel ruido que se alejaba, le parecia escuchar la voz de Catalina que le decia tristementé:

—¡Para siempre! ¡para siempre!

Y él instintivamente le contestaba tambien:

—¡Para siempre! ¡para siempre!

Al siguiente dia, Martin buscó á Doña Esperanza, y supo que vivia ya en la casa de su padre Don Pedro de Mejía, en la posesion de cuyos bienes habia entrado.

Martin determinó no verla ya, y Don César y Teodoro aprobaron su resolucion.

En toda la corte no se hablaba mas que de las desgracias de Doña Esperanza y de las maldades de que habia sido víctima; todos atribuian á un milagro su salvacion; y el nombre de Martin Garatuza no se escuchaba para nada en aquellas conversaciones.

Los esfuerzos y el triunfo de Martin no eran ni siquiera conocidos.

—¡Así es el mundo en su gratitud!